

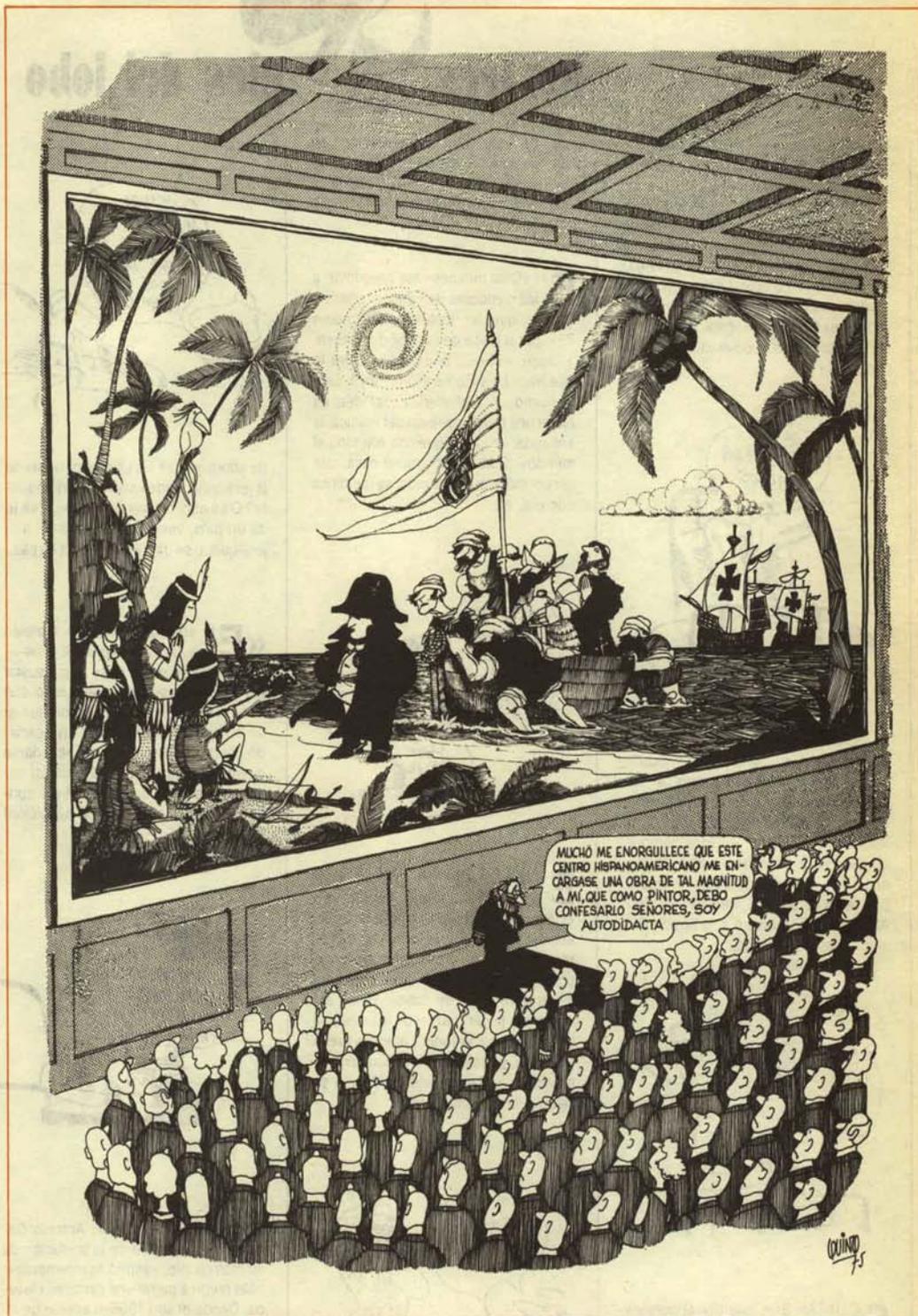
ENTRAR A SACO EN EL PASADO

EL pasado es como las discusiones de los matrimonios que quieren separarse como Dios manda: cada particular interpreta lo sucedido, y lo no sucedido como más le conviene. Estas profundísimas meditaciones me las ha provocado la contemplación de un dibujo de 1904 en el que se caricaturiza la contaminación atmosférica provocada por los escasos coches que circulaban en aquellas fechas. Y yo me pregunto: ¿Y si los ecólogos hubiesen abortado entonces la autopropulsión a gasolina? No hay duda de que se habrían evitado muchos accidentes, pero todos esos muertos resucitados hipotéticamente agravarían ahora el problema demográfico. No habría coches, pero sí más vivos que viene a ser lo mismo, aunque, eso sí, de la chatarra se extraen nuevas riquezas y de los muertos, apenas. Den



Protesta 1904.

tro de cien años se harán parecidas preguntas: Las centrales termonucleares, ¿fueron buenas o malas para el desarrollo de la civilización? Quizá la radiación haya degenerado a los hombres transformándolos en monstruos felices con su baba y su cáncer de hipotálamo incapaces hasta de exponer sus dudas; quizá la ciencia atómica haya conseguido eliminar la muerte. Ahora no podemos saberlo. El pasado y el futuro son igualmente enigmáticos. En eso se diferencian del presente que no es enigmático ni deja de serlo, porque para evitar esas dudas y esas ansias, nuestros superiores han decidido lo más aconsejable: prohibirlo. Y si no me creen, intenten, intenten lo que están pensando. ¿Lo ven? ¡Si a mí me ha pasado lo mismo! ■ XYZ.



BALLENAS, MURCIELAGOS Y DEMAS MAMIFEROS

COMO es sabido, los mamíferos solemos nacer con la cabeza por delante. Algunos casos hay de nacer con los pies por delante, por ejemplo, un hijo del compositor Gustav Malher, que, al saberlo, comentó: «Parece lógico que un hijo mío nazca mostrando el culo al mundo».

Hay dos excepciones a esta regla: los murciélagos y los cetáceos, que nacen siempre con los pies por delante, en el primer caso porque, viviendo en el aire prácticamente, no sabrían volar y se caerían si nacieran de cabeza, y en el segundo por la misma razón, pero referida al agua: si el parto fuese difícil el ballenato, aun a medio nacer, no podría respirar en el agua y se ahogaría. Como se ve, la naturaleza es muy sabia y se sabe adaptar bien, pero hay una cosa que nunca hace: desandar el camino andado; puede, por

ejemplo, adaptar a los mamíferos al agua, dándoles poco a poco hasta forma de peces, pero nunca, lo que se dice nunca, les volverá a dar las agallas de sus lejanos antepasados acuáticos; a lo más que llegará es a ampliarles los pulmones y darles mayor resistencia para bucear, pero eso es todo.

Lo mismo les pasa a las alas de los pájaros que ya no vuelan, por la razón que sea: se quedan inútiles, pero no pierden las plumas ni se reavivan los antiguos dedos que ahora, modificados, las sostienen.

Por esa misma razón los que piden que la humanidad vuelva a su sencillez primitiva no se dan cuenta de la imposibilidad de tal cosa: el cerebro humano ha pasado ya esa fase, y ahora

ni destruyendo todas las fábricas del mundo se conseguiría otra cosa que darle a la humanidad la oportunidad de reconstruirlas mejor de lo que estaban. Los procesos evolutivos, al menos los que dependen de la Madre (¿por qué no el padre?) Naturaleza, son tan irreversibles como la inflación, y si no que se lo digan a los cetáceos.

La única reversión posible, y, además, completamente segura, será la del globo terráqueo entero a su desintegración primitiva en pleno caos de la nada, pero es otra historia y, además, a la larga será para volver a empezar la misma historia. Lo malo es que nadie se acordará de que no fue aquella la primera vez, como tampoco nosotros nos acordamos de que lo más probable es que ésta no lo haya sido tampoco. ■ PARDO.